

## CAPÍTULO XIII

---

### **Cómo la igualdad divide naturalmente á los americanos en una multitud de pequeñas sociedades particulares.**

Se pudiera creer que la última consecuencia y el efecto preciso de las instituciones democráticas es el de confundir á los ciudadanos en la vida privada tanto como en la pública y forzarlos á todos á llevar una existencia común; pero esto sería comprender muy mal y bajo una forma bien grosera y tiránica la igualdad que la democracia hace nacer.

No hay leyes ni estado social que puedan hacer á los hombres de tal forma semejantes, que la educación, la fortuna y los gustos, no establezcan entre ellos alguna diferencia, y si hombres diferentes pueden hallar algunas veces su interés en hacer en común las mismas cosas, se debe creer, sin embargo, que no se satisfarán nunca en ello igualmente. Escaparán siempre, por más que se haga, de manos del legislador y saliendo por cualquier parte, del círculo en que se les trata de encerrar, establecerán al lado de la gran sociedad política, pequeñas sociedades privadas, en que la semejanza de condiciones, de hábitos y de costumbres será el lazo de unión.

Los ciudadanos de los Estados Unidos no tienen ninguna superioridad los unos sobre los otros ni se deben recíprocamente respeto ni obediencia; administran reunidos la justicia, gobiernan el Estado y en general, se juntan todos para discutir los negocios

que tienen una influencia en el destino común; pero no he oído decir jamás que se pretendiese divertirlos de la misma manera, ni regocijarlos confusamente en los mismos lugares.

Los americanos, que se mezclan tan fácilmente en las asambleas políticas y en los tribunales, se dividen en pequeñas asociaciones, muy distintas, para gustar aparte de los goces de la vida privada.

Cada uno reconoce todos sus conciudadanos por iguales, pero no admite nunca sino un número muy pequeño por amigos ó huéspedes.

Esto me parece muy natural; á medida que el círculo de la sociedad pública se dilata, es preciso que se estreche el de las relaciones privadas y en lugar de imaginar que los ciudadanos de las sociedades nuevas acaben por vivir en común, temo que al fin vengán á formar solo muy pequeñas asambleas.

En los pueblos aristocráticos, las diversas clases forman como vastos círculos de donde no se puede salir y á donde no se puede tampoco entrar. Las clases no se comunican entre sí; pero en el interior de cada una de ellas los hombres se tratan forzosamente todos los días, y aun cuando no se avengan naturalmente, la conveniencia general de una misma condición los une. Mas cuando ni la ley, ni la costumbre establecen relaciones frecuentes y habituales entre tales hombres, la semejanza accidental de ideas y de inclinaciones los decide á ello, lo cual varía hasta lo infinito las sociedades particulares.

En las democracias, donde los ciudadanos no difieren mucho los unos de los otros, y se encuentran naturalmente tan inmediatos que á cada instante se pueden confundir en una masa común, se forman clasificaciones artificiales y arbitrarias, con cuyo auxilio cada uno procura evitar el ser confundido entre la multitud. Esto no dejará nunca de suceder así, porque las instituciones humanas pueden cambiarse, pero no el hombre, y cualquiera que sea el esfuerzo general de una sociedad para hacer á los ciudadanos iguales ó semejantes, el orgullo particular de los individuos procurará siempre salir del nivel y querrá formar en alguna parte una desigualdad de que pueda sacar provecho.

En las aristocracias, los hombres están separados los unos de los otros, por altas é inamovibles barreras; en las democracias, es-

tán divididos por una multitud de hilos casi invisibles, que se rompen á cada momento y cambian sin cesar de sitio.

Así, pues, cualesquiera que sean los progresos de la igualdad, se formará siempre en los pueblos democráticos un gran número de pequeñas asociaciones privadas en medio de la gran sociedad política, pero ninguna de ellas se parecerá en sus maneras á la clase superior que dirige las aristocracias.

---

## CAPÍTULO XIV

---

### **Algunas reflexiones sobre las maneras de los americanos.**

Nada parece menos importante, á primera vista, que la forma exterior de las acciones humanas, y en verdad que no hay cosa en que se fijen más los hombres, pues se pueden acostumbrar á todo, antes que á vivir en una sociedad que no tenga sus maneras. Examinemos, pues, seriamente, la influencia que ejerce el estado social y político de un país en las maneras de los ciudadanos.

Las maneras proceden, en general, del fondo mismo de las costumbres y además resultan algunas veces de una convención arbitraria entre ciertos hombres, de modo que son al mismo tiempo naturales y adquiridas.

Quando algunos hombres se creen, sin disputa, los primeros en la sociedad, teniendo diariamente á la vista grandes objetos de que ocuparse, y además viven en el seno de una riqueza que no han adquirido ni temen perder, se concibe fácilmente que miren con una especie de soberbio desdén los pequeños intereses y los cuidados materiales de la vida y tengan en las ideas una grandeza natural, que las palabras y maneras revelan.

En los países democráticos, las maneras tienen, por lo regular, poco señorío, porque la vida privada es demasiado reducida, y son frecuentemente vulgares, porque el pensamiento no tiene ocasiones de elevarse sobre la preocupación de los intereses domésticos.

El verdadero mérito y dignidad de los modales consiste en mostrarse siempre cada uno en su lugar, y no más alto ni más

bajo; lo cual está al alcance del aldeano como del príncipe. En las democracias, todos los puestos parecen dudosos y de aquí procede que las maneras son frecuentemente orgullosas, rara vez dignas y nunca bien dirigidas ni sabias.

Los hombres que viven en el seno de las democracias, son demasiado móviles para que un cierto número de ellos consiga establecer un código de etiquetas y sea bastante fuerte para hacerlo observar.

Cada uno obra á su modo, y reina siempre una cierta incoherencia en las maneras, porque ellas se conforman á las ideas y sentimientos individuales de cada uno, más bien que á un modelo ideal presentado anticipadamente á la imitación de todos.

Esto se nota más al momento en que la aristocracia acaba de caer, que cuando hace largo tiempo que está destruída.

Las nuevas instituciones políticas y las nuevas costumbres reúnen entonces en los mismos lugares y obligan á vivir en común, á hombres cuya educación y hábitos los hacen enteramente distintos, y de aquí nacen una porción de mezclas y extravagancias. Todos se acuerdan aún de que ha existido un código de urbanidad, pero nadie sabe lo que contiene ni donde se halla. Los hombres han perdido la ley común de las maneras y no se han determinado todavía á vivir sin ellas; pero cada uno se esfuerza en formar con los restos de los usos antiguos una cierta regla variable y arbitraria; de suerte que las maneras no tienen la regularidad ni el señorío que muestran frecuentemente en los pueblos aristocráticos ni el giro libre y sencillo que hacen ver algunas veces en las democracias. Éste no es, pues, el estado normal.

Cuando la igualdad es completa y antigua, adquiriendo todos los hombres las mismas ideas, poco más ó menos y ejecutando las mismas cosas, no tienen necesidad de oirse ni de imitarse para hablar y obrar del mismo modo; aunque se observan sin cesar muchas pequeñas desigualdades en sus maneras, no por eso se descubren grandes diferencias, y si bien no se parecen nunca perfectamente porque no tienen el mismo modelo, no son tampoco muy distintos, pues tienen la misma condición. Á primera vista se diría, que las maneras de todos los americanos son exactamente iguales; y sólo considerándolos muy de cerca, se descubren las particularidades en que difieren.

Los ingleses se burlan mucho de las maneras americanas, y lo más extraño es que la mayor parte de los que nos han presentado un cuadro ridículo de ellas pertenecen á las clases medias de Inglaterra, á las cuales es muy aplicable este mismo cuadro; de modo que estos crueles detractores presentan de ordinario el ejemplo de lo que vituperan en los Estados Unidos, y no descubren que se burlan de sí mismos, para mayor satisfacción de la aristocracia de su país.

Ninguna cosa perjudica tanto á la democracia como la forma exterior de sus costumbres, pues muchos que sufrirían sus vicios no pueden tolerar sus maneras. Sin embargo, no convengo en que no se halle nada digno de elogio en las maneras de los pueblos democráticos.

En las naciones aristocráticas, todos los que se acercan á la primera clase, se esfuerzan de ordinario en parecerse á ella y esto produce ridículas y bajas imitaciones. Si los pueblos democráticos no poseen el modelo de las grandes y nobles maneras, tampoco están precisados á ver diariamente copias mezquinas.

En las democracias, las maneras no son tan finas como en los pueblos aristocráticos, pero tampoco las hay tan groseras. No se oyen las palabras del populacho ni las expresiones nobles y escogidas de los grandes señores y si bien hay frecuentemente trivialidad en las costumbres, nunca hay brutalidad ni bajeza.

He dicho que en las democracias no es posible formar un código preciso en materia de modales, y esto tiene sus inconvenientes y sus ventajas. En las aristocracias, las reglas del decoro imponen á cada uno la misma apariencia ó exterior y hacen semejantes á todos los miembros de la misma clase, cualesquiera que sean por otra parte sus inclinaciones particulares; de modo que adornan el natural y lo ocultan.

En los pueblos democráticos, las maneras no son tan nobles ni tan regulares, pero son por lo general muy sinceras; forman como un ligero y mal tejido velo, á cuyo través se descubren con facilidad los sentimientos verdaderos y las ideas individuales de cada hombre.

La forma y el fondo de las acciones humanas se encuentran, pues, frecuentemente en una relación íntima y si bien el gran cuadro de la humanidad se halla con menos adornos, es al mismo

tiempo más verdadero. En este sentido puede decirse que el efecto de la democracia no es precisamente dar á los hombres ciertas maneras, sino más bien impedirle que las tengan.

Se suele encontrar algunas veces en una democracia sentimientos, pasiones, virtudes y vicios de la aristocracia; pero no sus maneras, porque éstas se pierden y desaparecen totalmente cuando la revolución democrática es completa.

Nada parece más durable que las maneras de una clase aristocrática, porque ella las conserva algún tiempo después de haber perdido sus bienes y su poder, ni nada tan frágil, porque apenas han desaparecido cuando ya no se encuentra ni el menor vestigio, y es difícil decir lo que eran, desde el momento en que no existen. Un cambio en el estado social obra este prodigio, y bastan para producirlo algunas generaciones.

Los caracteres principales de la aristocracia quedan siempre grabados en la historia cuando la aristocracia es destruída; pero las formas delicadas y ligeras de sus costumbres desaparecen de la memoria de los hombres casi inmediatamente después de su caída; no les es posible concebirlas cuando ya no se presentan á su vista, y se les escapan sin que lo sientan ni lo conozcan, pues para experimentar esa especie de placer refinado que proporcionan las maneras distinguidas, es preciso que la educación y los hábitos hayan preparado el corazón y el mismo uso contribuye á que se pierda fácilmente su gusto.

Así, los pueblos democráticos, no sólo no pueden tener las maneras de la aristocracia, sino que no las conciben ni las desean, y como no se forman una imagen de ellas, son como si no hubiesen existido jamás.

No debe darse una gran importancia á esta pérdida, pero tampoco debe mirarse con total indiferencia.

Sé que más de una vez ha sucedido que los mismos hombres tengan costumbres muy distintas y sentimientos muy vulgares, y el interior de los palacios ha hecho ver bastantemente que, grandes en lo exterior, encumbrian corazones muy bajos; más si las maneras de la aristocracia no constituían la virtud, á lo menos adornaban algunas veces la virtud impura. Era, en efecto, un espectáculo admirable el que presentaba una clase fuerte y numerosa, cuyos actos exteriores de la vida parecían revelar á cada

instante la elevación natural de los sentimientos y de las ideas, la delicadeza y regularidad de los gustos y la urbanidad de las costumbres.

Las maneras de la aristocracia daban muy bellas ilusiones sobre la naturaleza humana, y aunque el cuadro fuese frecuentemente engañoso, se experimentaba, sin embargo, un noble placer al mirarlo.

---

## CAPÍTULO XV

---

**De la gravedad de los americanos, y de las razones por que ésta no les impide hacer muchas veces cosas inconsideradas.**

Los hombres que viven en los países democráticos, no se entregan, por lo regular, á esa especie de diversiones sencillas, groseras y turbulentas á que el pueblo se abandona en las aristocracias, porque las encuentran pueriles ó insípidas. Tampoco muestran gusto por las intelectuales y refinadas de las clases aristocráticas, porque necesitan de alguna cosa productiva y substancial en sus placeres y quieren mezclar con goces su alegría.

En las sociedades aristocráticas, el pueblo se entrega gustoso á los transportes de una alegría ruidosa y de tumulto que lo arranca repentinamente de la contemplación de sus miserias; pero los habitantes de las democracias no aman esas agitaciones violentas que los ponen fuera de sí mismos y rara vez se entregan á ellas; prefieren á esos transportes frívolos, las recreaciones graves y silenciosas, que se parecen á los mismos negocios y que no se los dejan olvidar enteramente.

Hay americano que en lugar de ir en los momentos de descanso á bailar alegremente en las reuniones públicas, como lo hacen la mayor parte de las gentes de su profesión en Europa, se encierra solo á beber en lo más retirado de su habitación. Este hombre goza á la vez de dos placeres: piensa en sus negocios y se embriaga decentemente en medio de su familia.

Yo creía que los ingleses formaban la nación más seria de la tierra, pero cuando he visto á los americanos he cambiado de

opinión: no diré que el temperamento no influya mucho en el carácter de los habitantes de los Estados Unidos, pero con todo, creo que las instituciones políticas contribuyen todavía más.

Pienso que la gravedad de los americanos nace en parte de su orgullo. En los países democráticos, el pobre mismo tiene una alta idea de su valor personal, se contempla con placer y cree que los otros le observan. Con semejante disposición tiene siempre cuidado de vigilar sus palabras y sus hechos y se contiene siempre por temor de descubrir lo que le falta, figurándose que para parecer digno, es preciso mantenerse grave.

Pero yo descubro otra causa más íntima y poderosa, que produce como por instinto en los americanos, esa gravedad que tanto admiro.

Bajo el despotismo, los pueblos se abandonan de tiempo en tiempo á los excesos de una loca alegría; pero, en general son tristes y melancólicos, porque tienen miedo.

En las monarquías absolutas, que atemperan los usos y las costumbres, dejan ver, por lo regular, un carácter festivo é igual, porque gozando de alguna libertad y de una seguridad suficiente, están exentos de los cuidados más importantes de la vida; pero todos los pueblos libres son graves, porque su espíritu se halla habitualmente ocupado en algún proyecto difícil ó peligroso.

Esto sucede particularmente en los pueblos libres que están constituídos en democracia; se encuentra entonces en todas las clases un número infinito de gentes ocupadas sin cesar en los negocios delicados del Gobierno, y los que no piensan en dirigir la fortuna pública, se entregan completamente al cuidado de aumentar su fortuna privada. En un pueblo semejante, la gravedad no es peculiar á ciertos hombres, sino que se hace un hábito nacional.

Se habla mucho de pequeñas democracias de la antigüedad, en que los ciudadanos iban á las plazas públicas con coronas de rosas y pasaban casi todo su tiempo en danzas y espectáculos. No creo más en semejantes repúblicas que en la de Platón, ó si las cosas sucedían en ellas como se nos cuenta, no temo afirmar que esas pretendidas democracias se componían de elementos muy distintos de las nuestras y que sólo se parecían á éstas en el nombre.

Por lo demás, no debe creerse que las gentes que viven en las democracias se consideren dignas de lástima en medio de sus labores: se observa precisamente lo contrario. No hay hombres que estimen más su condición, en términos que encontrarían la vida desagradable si se les libertase de los cuidados que los atormentan, pues se muestran más aficionados á sus fatigas que los pueblos aristocráticos á sus placeres.

Yo me pregunto, por qué los mismos pueblos democráticos, que son tan graves, se conducen algunas veces de un modo tan inconsiderado.

Los americanos, que por lo regular tienen un exterior frío y un aire sosegado, se dejan, sin embargo, arrastrar con frecuencia fuera de sí por una pasión súbita ó por una opinión irreflexiva y suelen hacer con la mayor seriedad tonterías muy singulares. Este contraste no debe sorprender.

Hay una especie de ignorancia que nace de la extrema publicidad. En los estados despóticos los hombres no saben cómo obrar, porque nada se les dice; en las naciones democráticas obran muchas veces á la casualidad, porque se les ha querido decir todo, de manera que los unos ignoran y los otros olvidan. Los rasgos principales de cada cuadro desaparecen para ellos entre la multitud de detalles.

Se admira uno de tantas palabras imprudentes como algunas veces profiere un hombre público en los estados libres y sobre todo en los estados democráticos, sin comprometerse; mientras que en las monarquías absolutas, una palabra que se escape por casualidad, basta para descubrirlo para siempre y perderlo sin remedio.

Esto se explica por lo que precede. Cuando un hombre habla entre una multitud, muchas palabras no son oídas ó se borran bien pronto de la memoria de los que las escuchan; pero en el silencio de un auditorio mudo é inmóvil, los más débiles sonidos penetran en el oído.

En las democracias, los hombres no están nunca fijos: mil azares les hacen cambiar de lugar á cada instante y casi siempre reina un no sé qué de imprevisto, ó por mejor decir, de extemporáneo en su vida. Por esta razón se ven frecuentemente obligados á hacer lo que no saben ó han aprendido mal, á hablar de lo que no

entienden y á dedicarse á trabajos para los cuales no estaban preparados por un largo aprendizaje.

En las aristocracias, cada hombre no tiene más que un solo objeto que alcanzar, y éste lo prosigue constantemente; pero en los pueblos democráticos la existencia del hombre es muy complicada y es raro que el mismo espíritu no abrace á la vez muchos objetos extraños con frecuencia los unos á los otros, y como no puede conocerlos todos bien, se satisface con nociones imperfectas.

Cuando el habitante de las democracias no se halla acosado por sus necesidades, lo está á lo menos por sus deseos; pues entre todos los bienes que le rodean no ve ninguno que esté completamente fuera de su alcance. Hace todas las cosas con precipitación, se contenta siempre con poco y no se detiene nunca más que un instante para considerar cada uno de sus actos.

Su curiosidad es á la vez insaciable y satisfecha con facilidad, pues prefiere saber mucho con prontitud, á saber bien con madurez, y como tampoco tiene el tiempo suficiente, pierde presto el gusto de profundizar.

Así, pues, los pueblos democráticos son graves, porque su estado social y político los conduce sin cesar á ocuparse de cosas serias y obran inconsideradamente, porque no dedican sino muy poco tiempo y atención á cada una de estas cosas.

El hábito del descuido debe considerarse como el mayor vicio del espíritu democrático.

---

## CAPÍTULO XVI

---

**Por qué la vanidad nacional de los americanos es más inquieta y más fácil de irritarse que la de los ingleses.**

Todos los pueblos libres se muestran gloriosos de sí mismos; pero el orgullo nacional no se manifiesta en todos de la misma manera.

Los americanos, en sus relaciones con los extranjeros, se impacientan de la más leve censura y parecen insaciables de alabanzas.

El menor elogio les agrada, y rara vez basta el más grande para satisfacerlos; á cada instante quieren que se les adule y si se resiste á sus instancias, se alaban ellos mismos. Se diría que dudando de su propio mérito, desean tener constantemente á la vista el cuadro que lo representa. Su vanidad, no sólo es codiciosa, sino envidiosa é inquieta; aunque siempre pide, nada concede, y á un mismo tiempo es quimerista y exigente.

Si digo á un americano que su país es hermoso, al momento replica: «Es cierto, y no hay otro igual en el mundo». Si admiro la libertad de que gozan sus habitantes, me responde: «La libertad es un don muy precioso, pero hay pocos pueblos que sean dignos de gozarla». Si observo la pureza de costumbres que reina en los Estados Unidos, dice en seguida: «Concibo bien que un extranjero que ha visto la corrupción que se advierte en las otras naciones, debe admirarse de este espectáculo». Y si le abandono, en fin, á la contemplación de sí mismo, vuelve hacia mí y no me deja hasta que me hace repetir lo que acabo de decirle.

Es imposible imaginar un patriotismo más molesto y pesado, baste decir que fatiga á los mismos que le honran.

No sucede lo mismo con los ingleses. El inglés goza tranquilamente de las ventajas reales ó imaginarias que posee su país, y si no concede nada á los otros, tampoco pide nada en favor del suyo: ni el vituperio del extranjero le conmueve, ni sus alabanzas le lisonjean. Permanece á la faz del mundo entero en una reserva llena de desdén y de ignorancia, no tiene necesidad de estimular su orgullo y vive siempre en sí mismo.

Es muy de notar que dos pueblos que tienen el mismo origen se muestran tan opuestos en su modo de sentir y de hablar.

En los países aristocráticos, los grandes poseen inmensos privilegios, sobre los cuales se funda su orgullo, sin pretender alimentarse de las pequeñas ventajas que nacen de ellos. Estos privilegios obtenidos por herencia, los consideran, en cierto modo, como una parte de sí mismos ó á lo menos como un derecho natural é inherente á su persona y tienen, por lo mismo, un sentimiento pacífico de su superioridad, sin pensar en vanagloriarse de las prerrogativas que cada uno descubre y que nadie les niega. Tampoco los admiran bastante para hablar de ellos y permanecen inmóviles en medio de su grandeza, seguros de que todo el mundo los ve, sin que procuren ostentarse y de que nadie pretende hacerlos salir de ella.

Cuando una aristocracia dirige los negocios públicos, su orgullo nacional toma naturalmente una forma reservada, indolente y altanera, y todas las otras clases de la nación, la imitan. Cuando, por el contrario, las condiciones difieren poco, las más mínimas ventajas tienen mucha importancia; como cada uno ve en derredor suyo un millón de gentes que poseen semejantes ó análogos privilegios, su orgullo viene á ser exigente y envidioso, se fija en miserias y los defiende con obstinación.

Como en las democracias son muy móviles las condiciones, los hombres casi siempre han adquirido recientemente las ventajas que poseen, y esto hace que gocen un placer infinito en exponerlas á las miradas públicas, para mostrar á los demás y acreditarse á sí mismos que las disfrutan, y como á cada momento pueden ellos perderlas, están constantemente alarmados y procuran hacer ver que las poseen todavía. Los hombres que viven

en las democracias aman á su país como se aman á sí mismos y trasladan los hábitos de su vanidad privada á su vanidad nacional.

La vanidad inquieta é insaciable de los pueblos democráticos depende de tal modo de la igualdad y de la fragilidad de las condiciones, que los miembros de la nobleza más orgullosa dejan ver enteramente la misma pasión en todo lo que tiene su existencia de inestable ó dudoso.

Una clase aristocrática difiere siempre en extremo de las otras clases de la nación, por la extensión y la perpetuidad de las prerrogativas; pero, sucede algunas veces, que muchos de sus miembros no difieren entre sí, sino por pequeñas y fugitivas ventajas que pueden perder y adquirir todos los días.

¡Cuántas veces se han visto los miembros de una poderosa aristocracia, disputarse con encarnizamiento los frívolos privilegios que dependen del capricho de la moda ó de la voluntad del señor y mostrar entonces precisamente los unos contra los otros los mismos celos pueriles que animan á los hombres de las democracias, el mismo ardor en apoderarse de las cortas ventajas que les disputaban sus iguales y la misma necesidad de exponer á las miradas de todos las que disfrutaban ellos!

Si los cortesanos tuviesen alguna vez el orgullo nacional, no dudo que dejarían ver uno en todo semejante al de los pueblos democráticos.

---

## CAPÍTULO XVII

---

**Por qué el aspecto de la sociedad en los Estados Unidos, es á la vez monótono y agitado.**

Nada parece más propio para excitar y alimentar la curiosidad que el aspecto de los Estados Unidos. Las leyes, las fortunas y las ideas varían sin cesar; aun se diría que la naturaleza misma tiene movimiento al ver cómo se transforma bajo la mano del hombre.

Sin embargo, la vista de esta sociedad tan agitada parece monótona á la larga, y después de haber contemplado por algún tiempo este cuadro tan móvil, el espectador concluye por fatigarse.

En los pueblos aristocráticos, cada uno está fijo en su esfera, pero los hombres son muy desemejantes y tienen pasiones, hábitos, ideas y gustos esencialmente diversos. Nada se mueve allí, pero todo difiere.

En las democracias, al contrario, todos los hombres son semejantes y hacen cosas poco más ó menos iguales. Están sujetos, es verdad, á grandes y continuas vicisitudes; pero como las mismas victorias é iguales reveses se repiten continuamente, sólo cambia el nombre de los actores, la pieza es la misma. El aspecto de la sociedad americana es agitado, porque los hombres y las cosas varían constantemente, y monótono porque todos los cambios son semejantes.

Los hombres que viven en los tiempos democráticos tienen muchas pasiones; pero la mayor parte de ellas vienen á parar en

el amor de las riquezas ó emanan de él, lo cual no proviene de que sus almas sean menguadas, sino de que la importancia del dinero es entonces realmente más grande: que cuando los ciudadanos son independientes y lo miran todo con indiferencia, sólo pagándoles se puede obtener su respectivo concurso, lo que multiplica hasta lo infinito el uso de la riqueza y aumenta su valor.

Desapareciendo el prestigio que se daba á las cosas antiguas, el nacimiento, la profesión, el estado, no distinguen ya á los hombres ó los distinguen muy poco, de manera que sólo el dinero puede crear diferencias visibles entre ellos ó hacer sobresalir á algunos. La influencia que nace de la riqueza se aumenta con la extinción ó menoscabo de todas las otras.

En los pueblos aristocráticos, el dinero no conduce sino á ciertos puntos de la vasta circunferencia de los deseos, pero en las democracias parece que con él nada deja de conseguirse.

El amor de las riquezas es por lo común la base principal ó accesoria de las acciones de los americanos y lo que da á todas sus pasiones un viso de familia que al fin hace fastidioso el cuadro. Esta vuelta continua á la misma pasión es monótona y los medios particulares que emplea para satisfacerla, lo son igualmente.

En una democracia constituida y pacífica como la de los Estados Unidos, en que nadie se puede enriquecer por la guerra, por los empleos públicos ni por las confiscaciones políticas, el amor de las riquezas dirige principalmente los hombres hacia la industria. Pero la industria, que frecuentemente trae grandes desastres y desórdenes, no puede sin embargo prosperar sino con el auxilio de costumbres regulares y por una larga serie de actos muy uniformes. Los hábitos son tanto más regulares, y los hechos tanto más uniformes, cuanto la pasión es más viva. Se puede decir que la evidencia misma de los deseos es lo que hace á los americanos tan metódicos, pues si bien ella perturba su espíritu, arregla también su vida.

Lo que digo de los americanos se aplica á casi todos los hombres de nuestros días. La variedad desaparece del seno de la especie humana; los mismos modos de obrar, de pensar y de sentir, se encuentran en todos los ángulos del mundo y esto no viene solamente de que todos los pueblos se comuniquen más y se copien con más fidelidad, sino de que separándose los hombres cada día

más en todos los países, de las ideas y sentimientos peculiares de una casta, de una profesión ó de una familia, llegan simultáneamente á lo que tiene un enlace más inmediato con la constitución del hombre, que es, por todas partes, la misma, haciéndose por esto semejantes y sin que jamás se hayan imitado. Son como viajeros esparcidos en un gran bosque, cuyos caminos conducen á un mismo sitio. Si descubren todos á la vez el punto céntrico y dirigen sus pasos hacia él, se acercan insensiblemente los unos á los otros sin buscarse, sin verse y sin conocerse, y al fin se sorprenden al encontrarse unidos en el mismo lugar. Todos los pueblos que toman por objeto de su estudio y de su imitación, no tal ó cual hombre, sino el hombre mismo, acabarán por encontrarse con las mismas costumbres, como los viajeros en el punto céntrico.

---

## CAPÍTULO XVIII

---

### Del honor en los Estados Unidos y en las sociedades democráticas (1)

Los hombres siguen, al parecer, dos métodos muy distintos en el juicio que hacen en público de las acciones de sus semejantes: unas veces los juzgan por las simples nociones de lo justo y de lo injusto que se hallan difundidas en todo el mundo; otros las aprecian según las nociones particulares de un país y una época. Sucede con frecuencia que estas dos reglas difieren y aun algunas veces se combaten; pero jamás se confunden enteramente ni se destruyen.

El honor, en el tiempo de su mayor poder, rige la voluntad más que la creencia, y los hombres, aun sometiéndose sin vacilar y sin violencia á sus mandatos, sienten todavía por una especie de instinto obscuro, pero poderoso, que existe una ley más general, más antigua y más santa á que desobedecen algunas veces sin dejar de conocerla. Muchas acciones han sido consideradas á la vez honestas y deshonorosas, y el no admitir un duelo ha estado frecuentemente en este caso.

---

(1) La palabra *honor* no tiene siempre el mismo sentido.

1.º Significa el precio, la gloria, la consideración que se obtiene de sus semejantes, y en este sentido se dice *conquistar el honor*.

2.º También significa el conjunto de reglas con cuyo auxilio se consigue este aprecio, esta gloria y esta consideración, y por eso se dice *que un hombre se conforma siempre estrictamente á las leyes del honor*, ó que ha faltado al *honor*.

En este último sentido he tomado la palabra *honor* al escribir este capítulo.

Creo que se pueden explicar estos fenómenos sin atribuirlos al capricho de ciertos individuos y de ciertos pueblos, como hasta aquí se ha hecho.

El género humano tiene necesidades permanentes y generales que han creado leyes de moral, á cuya inobservancia han unido naturalmente los hombres, en todos tiempos y en todos lugares, la idea del vituperio y de la vergüenza; han llamado *hacer mal*, el sustraerse á ellas y *hacer bien*, el someterse.

Se establecieron, además, en el seno de la vasta asociación humana, sociedades más reducidas que se llaman pueblos, y en ellos otras todavía que se llaman clases ó castas. Cada una de estas asociaciones forma como una especie particular en el género humano y aunque no difiera esencialmente de la masa de los hombres, se mantiene algo separada y experimenta necesidades que le son propias. Estas necesidades especiales son las que modifican en alguna manera y en ciertos países el modo de contemplar las acciones humanas, y el aprecio que conviene hacer de ellas.

El interés general y permanente del género humano, es que los hombres no se maten unos á otros; pero puede suceder que el interés particular y momentáneo de un pueblo ó de una clase, consista en ciertos casos en excusar y aun en honrar el homicidio.

El honor no es otra cosa que una regla especial fundada en un estado particular, con cuyo auxilio un pueblo ó una clase distribuye el vituperio ó la alabanza.

Como nada hay menos útil al espíritu humano que una idea abstracta, me apresuro á presentar un símil que pondrá en claro mi pensamiento.

Escogeré la especie de honor más extravagante que ha parecido jamás en el mundo y que nosotros conocemos bien: el honor aristocrático nacido en el seno de la sociedad feudal.

No pretendo averiguar cómo y cuándo nació la aristocracia de la Edad Media, por qué estaba tan separada del resto de la nación, ni lo que había fundado ó fortalecido su poder. La encuentro instalada y sólo trato de comprender por qué consideraba la mayor parte de las acciones humanas desde un punto de vista tan singular.

Lo que me admira desde luego es que en el mundo feudal las acciones no eran siempre alabadas ni reprobadas por su valor in-

trínseco, pues algunas veces las consideraba únicamente por relación á su autor ó á su objeto, lo cual repugna á la conciencia general de la especie humana. Ciertos actos indiferentes de la parte de un plebeyo, deshonoraban á un noble; otros variaban de carácter, según que la persona que los sufría era ó no de la aristocracia.

Cuando estas diferentes opiniones aparecieron, la nobleza formaba un cuerpo aparte en medio del pueblo que dominaba, desde las inaccesibles alturas adonde se había retirado. Para sostener esta posición particular que constituía su fuerza, necesitaba, no solamente privilegios políticos, sino virtudes y vicios peculiares.

Que tal virtud ó tal vicio perteneciese á la nobleza más bien que al estado plebeyo; que tal acción fuese indiferente de parte de un plebeyo ó vituperable si se trataba de un noble, he aquí lo que era frecuentemente arbitrario; pero que se contemplasen vergonzosas ú honrosas las acciones de los hombres, según su condición, eso resultaba de la misma constitución de la sociedad aristocrática.

Esto se ha visto, en efecto, en todos los países que han tenido una aristocracia, y mientras quede de ellas algún vestigio, se encontrarán, sin duda, tales singularidades. Seducir una doncella de color apenas daña la reputación de un americano y casarse con ella le deshonra.

El honor feudal prescribía la venganza en ciertos casos y deshonoraba el perdón de las injurias; en otros, mandaba á los hombres imperiosamente vencerse y ordenaba la abnegación de sí mismo. No hacía, pues, una ley de la humanidad ni de la dulzura; pero alababa la generosidad, la liberalidad más que la beneficencia; permitía que cualquiera se hiciese rico en el juego ó en la guerra, pero nunca por el trabajo, prefería grandes crímenes á pequeños lucros. La concupiscencia le indignaba menos que la avaricia y le agradaba muchas veces la violencia, mientras que la astucia y la traición le parecían siempre despreciables.

Estas extravagantes nociones no eran sólo producidas por el capricho de los que las habían concebido.

Una clase que ha llegado á ponerse á la cabeza de todas las otras y hace constantes esfuerzos para conservarse en esta posición suprema, debe, por necesidad, honrar las virtudes en que hay grandeza y brillantez y que pueden combinarse fácilmente con el

orgullo y el amor del poder; no teme trastornar el orden natural de la conciencia colocando estas virtudes delante de las otras, y se concibe que eleve ciertos vicios estrepitosos y atrevidos sobre virtudes modestas y pacíficas, pues en cierto modo se ve obligada á ello por su condición.

Los nobles de la Edad Media anteponían el valor militar á todas las virtudes. Esta singular opinión tenía necesariamente su origen en el estado particular de la sociedad.

La aristocracia feudal había nacido de la guerra y para la guerra; había encontrado su poder en las armas y lo mantenía por ellas; nada le era más necesario que el valor militar, siendo justo que lo glorificase, sobre todo lo demás. Todo lo que exteriormente manifestaba ese valor, aun cuando fuese contrario á la razón y á la humanidad, era aprobado y muchas veces ordenado por ella.

Que un hombre mirase como una grave injuria el recibir una bofetada y hasta matara en un duelo al que ligeramente había ofendido, he aquí lo arbitrario; pero que un noble no pudiese sufrir tranquilamente una injuria y se deshonrase si se dejaba maltratar sin combatir, esto resultaba de los principios mismos y de las necesidades de una aristocracia militar.

Podía decirse, con verdad hasta cierto punto, que el honor tenía rasgos caprichosos; mas los caprichos del honor se encerraban siempre en límites precisos. Esa regla particular que nuestros padres llamaban honor está tan lejos de parecerme una ley arbitraria, que yo me atrevería á explicar sin dificultad en un pequeño número de actos fijos é invariables de las sociedades feudales, sus preceptos más raros é incoherentes.

Si yo siguiese al honor feudal hasta el campo de la política, tampoco me sería difícil explicar todos sus pasos.

El estado social y las instituciones políticas de la Edad Media eran tales, que el poder nacional jamás gobernaba directamente los ciudadanos. Este no existía, por decirlo, á sus ojos; cada uno conocía solamente cierto hombre á quien estaba obligado á obedecer y por él sujetaba sin saberlo á todos los demás.

En las sociedades feudales, el orden público dependía del sentimiento de fidelidad á la persona misma del señor, y destruído éste se caía al instante en la anarquía.

La fidelidad al jefe del Estado era, por otra parte, un senti-

miento de que todos los miembros de la aristocracia descubrían diariamente el verdadero valor, pues cada uno de ellos era á la vez señor y vasallo y tenía que mandar y obedecer. Permanecer siempre fiel á su señor, sacrificarse por él cuando las circunstancias lo exigían, participar de su buena ó mala suerte y ayudarle en sus empresas, cualesquiera que fuesen, tales eran los primeros deberes impuestos por el honor feudal en materia política. La traición del vasallo se condenó por la opinión con mucho rigor y se creó un hombre particularmente infamante llamándola *felonía*.

Por el contrario, apenas se hallan en la Edad Media algunos vestigios de esa pasión que dió vida á las antiguas sociedades: hablo del patriotismo. El nombre de patriotismo no es antiguo en nuestro idioma (1).

Obscureciendo la idea de patria, las instituciones feudales volvían su amor menos necesario y hacían olvidar el país inspirando pasión por un hombre.

Así es que el honor feudal no ha impuesto jamás una ley severa para guardar fidelidad á la nación; no porque el amor de la patria no existiese en el corazón de nuestros padres, sino porque no formaba en ellos más que una especie de instinto obscuro y débil que se ha hecho más claro y más fuerte á medida que se han destruído las clases y se ha centralizado el poder.

Esto se conoce por los juicios contrarios de los pueblos de Europa sobre los diferentes hechos de su historia, según la generación que los contempla. Lo que principalmente deshonoraba al condestable de Borbón á los ojos de sus contemporáneos, era que había tomado las armas contra su rey, y lo que más le deshonoraba á los nuestros, es que hacía la guerra á su país; le vituperamos tanto como nuestros abuelos, pero por razones bien distintas.

He escogido para aclarar mi idea el honor feudal, porque tiene caracteres más marcados y conocidos que ningún otro; hubiera podido tomar ejemplos en otra parte y conseguir el mismo objeto por otro camino.

---

(1) La palabra *patria* no se encuentra en los autores franceses, sino desde el siglo décimosexto. La palabra *patriota* la introdujo en el idioma francés y la inventó Saint Simón para aplicársela á Vaubau.—  
(N. del T.)

Aunque nosotros hemos conocido menos á los romanos que á nuestros antepasados, sabemos, sin embargo, que existían entre ellos, en materia de gloria y de deshonor, opiniones particulares que no procedían solamente de las nociones generales del bien y del mal. Un gran número de acciones humanas se consideraban desde un punto de vista diferente, según se trataba de un ciudadano ó de un extranjero, de un hombre libre ó de un esclavo; se glorificaban ciertos vicios y ensalzaban ciertas virtudes más que otras. «En ese tiempo—dice Plutarco, en la vida de Coriolano— se honraba y adoraba la proeza en Roma sobre todas las otras virtudes; de lo cual hace fe el que se la llamaba *virtud*, del nombre mismo de la virtud, dando así el nombre común del género á una especie particular; de tal suerte que virtud, en latín, significaba tanto como valor» ¿Y quién no reconoce que esta era la principal necesidad de la asociación singular que se había formado para la conquista del mundo?

Cada nación se presta más ó menos á observaciones análogas, porque, como he dicho antes, siempre que los hombres se reúnen en sociedad particular, se establece entre ellos un honor, es decir, un conjunto de opiniones propias sobre lo que se debe alabar ó reprobado, y estas reglas particulares tienen por necesidad su origen en los hábitos é intereses especiales de la asociación.

Todo esto se puede aplicar, hasta cierto punto, á las sociedades democráticas como á todas las otras, y vamos á hallar la prueba entre los americanos (1).

Todavía se encuentran esparcidas entre las opiniones de los americanos, algunas pocas nociones del antiguo honor aristocrático de Europa, que no están arraigadas ni tienen poder; como una religión en que ya no se cree y de que se dejan subsistir algunos templos.

En medio de esas nociones casi borradas de un honor exótico, aparecen algunas nuevas opiniones que constituyen lo que podría llamarse entre nosotros, *honor americano*.

He hecho ver de que manera los americanos son impelidos

---

(1) Hablo aquí de los americanos que habitan países en donde no existe la esclavitud; pues éstos son los únicos que pueden presentar la imagen completa de una sociedad democrática.

hacia el comercio y la industria. Su estado social, su origen, las instituciones políticas y el lugar mismo que habitan, los arrastra de un modo irresistible hacia este lado. Por ahora forman una asociación casi exclusivamente industrial y comerciante, colocada en un país nuevo é inmenso que se ha propuesto sobre todo beneficiar. Tal es el cargo característico que distingue hoy principalmente á los americanos de todos los otros pueblos.

Todas las virtudes pacíficas que tienden á regularizar el cuerpo social y á favorecer el negocio deben, pues, ser estimadas en este pueblo, y no se podrían descuidar sin incurrir en el desprecio público.

Todas las virtudes turbulentas que hacen brillar algunas veces la sociedad, pero que la trastornan con más frecuencia, ocupan en la opinión de este pueblo un puesto muy subalterno. Se pueden descuidar sin perder el aprecio de sus conciudadanos, pues más bien se perdería adquiriéndolas.

Con la misma arbitrariedad clasifican los vicios los americanos. Hay ciertas inclinaciones perniciosas en el sentir común y en la conciencia universal del género humano, que están de acuerdo con las necesidades particulares y momentáneas de la asociación americana, y aunque las repruebe débilmente, algunas veces también los alaba. Citaré, como la principal, el amor de las riquezas y las inclinaciones secundarias que de él se derivan. Para desmontar, fecundar y transformar ese vasto continente desierto, que es su dominio, necesita el americano de una pasión enérgica, y ésta no puede ser otra que el amor de las riquezas; tal pasión, pues, no es reprobada en América, sino más bien honrada, con tal que no traspase los límites que la señala el orden público. El americano, llama noble y estimable ambición lo que nuestros padres de la Edad Media llamaban codicia servil y llaman aquéllos furor ciego y bárbaro, la conquistadora actividad y genio guerrero que el impelía á los segundos cada día á nuevos combates.

En los Estados Unidos, las fortunas se hacen y se destruyen con facilidad. El país no tiene límites y está lleno de recursos inagotables. El pueblo tiene todas las necesidades y todas las pasiones de un sér que crece y, cualesquiera que sean sus esfuerzos, se ve siempre rodeado de más bienes que los que puede adquirir. Lo que principalmente se debe temer en un pueblo semejante, no es

la ruina de algunos individuos que bien pronto se repara, sino la inactividad y molición de todos. La audacia en sus empresas industriales es la primera causa de sus progresos rápidos, de su fuerza y de su grandeza. La industria es para él una vasta lotería en que un pequeño número de hombres pierden continuamente, mientras que el Estado gana siempre: un pueblo semejante debe favorecer y aun honrar la audacia en materia de industria, aunque toda empresa atrevida comprometa la fortuna del que se entrega á ella y la de todos los que se fían de él. Los americanos, que hacen de la temeridad comercial una especie de virtud, en ningún caso pueden vituperar á los temerarios.

De aquí nace la indulgencia tan singular que se demuestra en los Estados Unidos con el comerciante que quiebra, cuyo honor no sufre con semejante accidente. En esto difieren los americanos, no sólo de los pueblos europeos, sino de todas las naciones comerciantes de nuestros días; así como no se parecen á ninguna de ellas por su condición ni por sus necesidades.

En América, se tratan con una severidad desconocida en el resto del mundo todos los vicios que alteran la pureza de las costumbres y destruyen la unión conyugal. Esto contrasta á primera vista de un modo extraño, con la tolerancia que muestran sobre otros puntos y cualquiera se sorprende al ver una moral tan relajada y austera en el mismo pueblo.

Estas cosas no son tan incoherentes como se supone. La opinión pública en los Estados Unidos reprime suavemente el amor de las riquezas, porque tiene por objeto la industria y la prosperidad de la nación y condena con rigor las malas costumbres, porque distraen el espíritu humano de la adquisición del bienestar y turban el orden interior de la familia tan necesario al progreso de los negocios. Los americanos, para lograr la estimación de sus semejantes, necesitan someterse á hábitos regulares y en este sentido puede decirse que fundan su honor en ser castos.

El honor americano concuerda en un punto con el antiguo de Europa, pone el valor á la cabeza de todas las virtudes y hace de él la principal necesidad moral del hombre, pero no considera el valor bajo el mismo aspecto.

En los Estados Unidos, se aprecia bien poco el valor guerrero; el que más se conoce y estima, es el que desafía los furios del

Océano para llegar más pronto al puerto; el que vuelve casi insensible á la súbita pérdida de una fortuna adquirida con gran trabajo y sugiere nuevos esfuerzos para formar otra. Un valor de esta suerte es necesario al mantenimiento y prosperidad de la asociación americana y con particularidad honrado y alabado por ella. Sin este valor, apenas puede conseguirse reputación entre los americanos.

Encuentro todavía otro rasgo que acabará de hacer evidente la idea de este capítulo.

En una sociedad democrática, como la de los Estados Unidos, en que las fortunas son pequeñas y están mal aseguradas, todo el mundo trabaja y el trabajo conduce á todo. Esto ha dado un nuevo giro al honor dirigiéndolo contra la sociedad.

He encontrado algunas veces en América gentes ricas, jóvenes, enemigas por temperamento de todo esfuerzo penoso, que se veían obligadas á abrazar una profesión; pues aunque su naturaleza y su fortuna les permitiesen vivir ociosas, la opinión pública se lo prohibía imperiosamente y les era preciso obedecer. Al contrario, he visto muchas veces en las naciones europeas, en que la aristocracia lucha todavía contra el torrente que la arrastra, hombre cuyas necesidades y deseos estimulaban sin cesar á permanecer en la ociosidad para no perder el aprecio de sus iguales, y más fácilmente someterse al fastidio y á la incomodidad, que al trabajo. ¿Quién no descubre en estas dos obligaciones tan contrarias dos reglas diferentes que emanan, sin embargo, del honor?

Lo que nuestros padres han llamado, por excelencia, el honor, no era á la verdad, sino una de sus formas; dieron un nombre genérico á solo una especie. El honor se encuentra, pues, en los siglos democráticos, pero no será difícil conocer que en aquéllos presenta una fisonomía diversa, no sólo son diferentes sus preceptos, sino también menos numerosos y menos claros y se siguen con más flojedad sus leyes.

Una casta se halla siempre en una situación más particular que un pueblo; no hay nada tan excepcional en el mundo como una pequeña sociedad compuesta siempre de las mismas familias, como la aristocracia de la Edad Media, por ejemplo y cuyo objeto es reconcentrar y retener exclusiva y hereditariamente en su seno la luz, la riqueza y el poder.

Ahora, cuanto más excepcional es la posición de una sociedad, tanto mayores son sus necesidades especiales y tanto más creen las nociones del honor, que corresponde á sus necesidades.

Los deberes del honor serán, pues, siempre menos numerosos en un pueblo que no se ha dividido en clases que en cualquiera otro y si viniesen á establecerse naciones en donde no las hubiese, el honor se limitaría á un corto número de preceptos, que se alejarían cada vez menos de las leyes morales adoptadas por el común de la humanidad.

De esta manera, pues, las prescripciones del honor serán menos extravagantes y menos numerosas en una nación democrática que en una aristocracia, y también más obscuras, como consecuencia necesaria de lo que procede.

Siendo menor el número de los rasgos característicos del honor y menos singulares, debe ser muchas veces difícil el distinguirlos.

Hay todavía otras razones. En las naciones aristocráticas de la Edad Media, las generaciones se sucedían en vano las unas á las otras; cada familia era en ellas como un hombre inmortal y perfectamente inmóvil; las ideas no variaban más que las condiciones.

Cada hombre tenía siempre delante de sus ojos los mismos objetos que consideraba desde el mismo punto de vista; penetraba poco á poco en los más mínimos detalles y su percepción debía ser á la larga, clara y distinta. Así, las opiniones que constituían el honor en los tiempos feudales, no solamente eran muy extravagantes, sino que cada una de ellas se presentaba en el espíritu bajo una forma clara y precisa.

En ninguna parte sucederá jamás lo que en América, donde todos los ciudadanos se conmueven y donde modificándose la sociedad por sí misma, todos los días cambia sus opiniones con sus necesidades. En semejante país se vislumbra la regla del honor, pero no se tiene el tiempo necesario para considerarla fijamente.

Aunque la sociedad fuese inmóvil, sería todavía difícil impedir que se diesen diversos sentidos á la palabra honor.

Como en la Edad Media cada clase tenía su honor, no se admitía la misma opinión á la vez por un gran número de hombres, y esto permitía darle una forma fija y precisa; tanto más, cuanto

que teniendo todos los que le admitían una posición idéntica y muy excepcional, se encontraban dispuestos naturalmente, á entenderse sobre los preceptos de una ley hecha para ellos solos. Se hacía del honor un código completo y detallado en donde todo se hallaba previsto y ordenado anticipadamente, presentando una regla fija y siempre visible á las acciones humanas.

En una nación democrática como la americana, en que las clases están confundidas y la sociedad entera no forma sino una sola masa, cuyos elementos son análogos, sin ser enteramente semejantes, no sería posible entenderse jamás con anticipación sobre lo que es permitido ó prohibido por el honor.

También existen en el seno de este pueblo ciertas necesidades que hacen nacer opiniones comunes en materia de honor, mas tales opiniones no representan nunca al mismo tiempo, del mismo modo ni con igual fuerza al espíritu de todos los ciudadanos; la ley del honor existe, pero carece frecuentemente de intérpretes.

La confusión es mucho más grande aún en un país democrático como el nuestro, en que, llegando á mezclarse las diferentes clases que componían la antigua sociedad, sin haberse podido todavía confundir, introducen sin cesar unas en el seno de las otras diversas nociones, á veces contrarias, de su honor; ó bien cada hombre, según sus caprichos, abandona una parte de las opiniones de sus padres y retiene otras; de suerte que, en medio de tantas medidas arbitrarias, no se puede establecer una regla común, siendo entonces casi imposible decir anticipadamente qué acciones serán estimadas ó reprobadas. Estos son tiempos desdichados; pero no durables.

Estando mal definido el honor entre las naciones democráticas, necesariamente es menos poderoso; pues es difícil aplicar con acierto y firmeza una ley que no es bien conocida. No viendo con claridad la opinión pública, que es el intérprete natural y soberano de la ley del honor, hacia que lado conviene dirigir el vituperio ó la alabanza, no pronuncia su opinión sino vacilando, algunas veces se contradice y muchas queda inmóvil y deja obrar.

La debilidad relativa del honor en democracias depende todavía de otras muchas causas.

El honor mismo en las aristocracias no es jamás admitido sino por un cierto número de hombres, frecuentemente reducido y siem-

pre separado del resto de sus semejantes. El honor se mezcla, pues, con facilidad y se confunde en su espíritu con la idea de todo lo que los distingue, presentándoseles como el rasgo distintivo de su fisonomía; aplican sus diversas reglas con todo el calor del interés personal y le obedecen, si puedo explicarme así, con una verdadera pasión.

Esta verdad se manifiesta claramente al leer las crónicas de la Edad Media en el artículo de los autos judiciales. Allí se ve que los nobles estaban obligados á servirse en sus contiendas de la lanza y de la espada, mientras que los plebeyos usaban el bastón «considerando, decían, que los plebeyos no tienen honor». Esto no quería decir, como se figuran algunos en nuestros días, que tales hombres fuesen despreciables; significaba solamente que sus acciones no eran juzgadas por las mismas reglas que los de la aristocracia.

Lo que admira, á primera vista, es que cuando el honor reina con todo ese pleno poder, sus preceptos son en lo general muy extraños; de tal manera, que parece que se le obedece mejor mientras más se separa de la razón; y por esto se deduce muchas veces que el honor es grande á causa de su misma extravagancia.

Estas dos cosas tienen el mismo origen, pero no dependen la una de la otra. Es más raro el honor á medida que representa necesidades más particulares y de un más corto número de hombres y precisamente por representar necesidades de esta especie es poderoso. El honor no es, pues, poderoso por ser extravagante, pero su extravagancia y su poder proceden de la misma causa.

Haré aún otra observación. En los pueblos aristocráticos difieren todas las clases, pero todas son fijas; cada uno ocupa en su esfera un lugar de donde no puede salir y allí vive en medio de otros hombres ligados con él de la misma manera; nadie puede esperar ni temer que no lo vean, pues no se encuentra un hombre de tan baja esfera que no tenga su círculo, y que deba escapar por su obscuridad del vituperio ó de la alabanza.

En los estados democráticos sucede lo contrario, pues confundiendo todos los ciudadanos en la multitud y agitándose sin cesar, la opinión pública no puede ejercer su acción; su objeto desaparece á cada instante y se le escapa. El honor será, pues, allí, menos imperioso y exigente, porque no obra sino en vista del pú-

blico, diferente en esto de la simple virtud que vive por sí misma y se satisface con su testimonio.

Si el lector se ha hecho bien cargo de lo que precede, ha debido comprender que entre la desigualdad de las condiciones y lo que nosotros llamamos honor, hay una relación estrecha y necesaria que, si yo no me equivoco, no había sido aún bien indicada. Debo, pues, hacer el último esfuerzo para ponerla en claro.

Una nación se coloca aparte en el género humano. Independiente de ciertas necesidades generales inherentes á la especie humana, tiene ella sus intereses y sus necesidades particulares. Pronto se establecen en su seno en materia de alabanza ó vituperio ciertas opiniones que le son propias y que sus ciudadanos llaman honor.

En el seno de esta misma nación viene á establecerse una clase que, separándose á su vez de todas las otras, contrae necesidades particulares, y éstas hacen también nacer opiniones especiales. El honor de esta casta, mezcla extravagante de las nociones particulares de la nación y de las de la casta misma más particulares aún, se alejará tanto cuanto puede imaginarse, de las opiniones simples y generales de los hombres. Hemos llegado al punto extremo, descendamos ahora.

Mezclándose las clases se destruyen los privilegios. Habiéndose hecho semejantes é iguales los hombres que componen la nación, sus intereses y sus necesidades se confunden y se ve desvanecer sucesivamente todas las nociones singulares que cada casta llamaba honor. El honor no trae ya su origen sino de las necesidades particulares de la nación misma y representa su carácter individual entre los pueblos.

Finalmente, si fuese permitido suponer que se confundiesen todas las razas y que todos los pueblos del mundo viniesen á tener los mismos intereses, las mismas necesidades y á no distinguirse los unos de los otros por ningún rasgo característico, se dejaría enteramente de dar un valor convencional á las acciones humanas y todas las mirarían desde el mismo punto de vista, siendo su norma común, las necesidades generales de humanidad que la conciencia revela á cada hombre.

Entonces no se encontrarían en este mundo otras nociones que las simples y generales del bien y del mal, á las cuales se ligarían

por un vínculo natural y necesario las ideas del vituperio ó de la alabanza.

Así, para encerrar por último en una sola regla todo mi pensamiento diré, que las desemejanzas y desigualdades de los hombres son las que han creado el honor, que él se debilita á medida que estas diferencias se borran y que aun podría suceder que desapareciese junto con ellas.

---